

## CAPITULO IV

### LA INTEGRACION LATINOAMERICANA

#### 1. La situación en 1953

A comienzos de 1953 dos hechos abrirán una nueva etapa en el proceso de la guerra fría.

En enero, las elecciones presidenciales en Estados Unidos llevaron a los republicanos a la Casa Blanca, con el general Dwight D. Eisenhower. En marzo, la muerte súbita de José Stalin abre un breve período de recomposición del poder que terminará encumbrando a Nikita Krushev.

Eisenhower nombró Secretario de Estado a John Foster Dulles, moralista y tortuoso, abogado de grandes corporaciones como la U.F. Co. (*United Fruit Co.*), que llegaba al poder profundamente imbuido del espíritu del macartismo norteamericano. Consideraba a la guerra fría como una cruzada moral y al neutralismo como una transgresión insoportable. Por otra parte, la cruzada debía afirmarse en la expansión cierta de las inversiones norteamericanas.

Para Dulles, todo era válido en la lucha contra el comunismo. Incluso tolerar las dictaduras como la de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela. Dirá: "... Venezuela es un país que ha adoptado la clase de política que a nuestro entender deberían adoptar los demás países de Sudamérica. En particular ha adoptado medidas políticas que dan un clima atractivo a la entrada de capitales extranjeros". (Connel Smith, *op. cit.*). Como Secretario Adjunto para Asuntos Interamericanos, lo acompañó John Moors Cabot, fuerte accionista de la U.F. Co. El elenco bananero lo completaba Allen Dulles, al frente de la C.I.A. Allen, además de ser hermano del Secretario de Estado, había sido presidente de la U.F. Co.

Tanto Dulles como Cabot hicieron pública su firme decisión de impulsar en América latina una política que superara el débil comportamiento de la administración Truman, "una conducción norteamericana más fuerte en pro de una reforma social progresiva...". (Peterson, *op. cit.*).

En abril, Eisenhower anunció el envío de su hermano Milton a una gira por Sudamérica destinada a "... fortalecer los lazos que existen entre nosotros y todos nuestros vecinos de la Unión Panamericana".

Mientras en Washington se planeaba la tournée del buen vecino, en la Argentina se lograba restablecer el equilibrio después de las difíciles contingencias de la crisis, apenas conjurada por las medidas del Plan Económico de 1952. En efecto "... los síntomas de recuperación general... comenzaron a percibirse en el último trimestre de 1952.

A mediados de 1953 el armisticio de Pan Mun Jon, ponía fin al conflicto de Corea. El fantasma de una tercera guerra mundial se desvanecía. La nueva conducción soviética permitirá esbozar una cierta coexistencia pacífica.

El armisticio coreano era promisorio, pero no restablecía la normalidad en las relaciones económicas internacionales alteradas como ya hemos visto. El mercado libre no retornaba al libre juego de sus leyes. La Argentina deberá buscar una salida al estrangulamiento de su comercio exterior en mercados no tradicionales de Europa, Asia y América latina.

#### 2. Las nuevas relaciones bilaterales con Europa y el mundo comunista

El 31 de julio de 1950 se firmó en Bonn el convenio comercial con Alemania, seguido por tres protocolos anuales. Este convenio llevó a Alemania Occidental al tercer puesto entre los proveedores de la Argentina. El 2 de noviembre de 1954, este convenio es reemplazado por un nuevo acuerdo por tres años. Contemplaba exportaciones argentinas por valor de 700 millones de pesos (cereales, oleaginosas, lanas, cueros, etc.) e importaciones alemanas por valor de 400 millones y comprendía materiales para la siderurgia, productos químicos, repuestos, máquinas industriales y agrícolas, etc.). El comercio argentino-alemán creció hasta alcanzar Alemania —a fines de 1954— el primer puesto como importador de la Argentina.

El 7 de agosto de 1953 se acordaba con Austria un convenio comercial que establecía un intercambio de 107 millones de pesos. Las exportaciones argentinas serían lanas, cueros, cereales. Austria enviaría hierro laminado y en lingotes, aceros especiales, etc.

El 15 de octubre de 1953 se firmaba un nuevo convenio con Francia con una duración de tres años. El intercambio previsto para el primer año alcanzaba los 361,1 millones de pesos. La Argentina exportaba lanas y cueros y recibía en compensación materiales siderúrgicos y metales no ferrosos por un 50% del total pactado. Por el restante 50% nuestro país enviaba cereales, oleaginosas, tanino y recibía productos químicos y medicinales, maquinarias, repuestos, etc.

El convenio comercial y financiero con Italia se firmó el 23 de junio de 1952 y se renovó en diciembre de 1954. Similar a los anteriores, con la diferencia que la Argentina adquiriría tractores, equipos para centrales hidroeléctricas, plantas compresoras para gas y equipos para la explotación ferroviaria.

Entre 1953 y 1954 se firmaron similares convenios con Dinamarca, Finlandia, Noruega, Holanda y Suecia.

En la apertura asiática el convenio con Japón constituye un acuerdo de características similares a los anteriores, aún cuando se establecían los productos y los montos por cada rubro y no en forma global. El volumen de mercaderías argentinas pactado alcanzaba los 400 millones de pesos.

Entre agosto de 1953 y julio de 1954 se firmaron convenios comerciales y financieros con Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania, la U.R.S.S. y Yugoslavia. Con características similares a los anteriores en cuanto al aprovisionamiento de insumos críticos para la industria, especialmente petróleo y carbón.

Según José V. Liceaga (*op. cit.*) estos convenios con el Este, permitieron a nuestro país independizarse del bloque angloamericano en materia de provisión de petróleos y carbón, insumos cada vez más críticos para la economía argentina. En realidad, más que independizarnos lográbamos una fuente que al menos no estaba condicionada por las demandas estratégicas de la guerra fría. En otro orden lográbamos diversificar la colocación de lanas, cueros y aceites fuera de los “carteles internacionales o compradores organizados” (*Ibidem*). Se abrían también posibilidades para la venta de derivados de la leche y textiles semielaborados, lo que estimulaba las respectivas industrias. En materia de bienes de capital podíamos traer equipos para la exploración, explotación y refinamiento de petróleo —equipos que los norteamericanos no proveían y los ingleses no estaban en condiciones de proveer—. Los tipos de cambio acordados no apuntaban a generar beneficios financieros sino a valorizar el intercambio, al margen de bloqueos e inconvertibilidades. Se descartaba además toda posible triangulación con los productos que se manufacturaran a partir de las materias primas provistas.

### 3. Hacia la integración latinoamericana. El Acta de Santiago

El proyecto de una integración económica con latinoamérica estuvo presente en la política peronista desde los inicios y fue acompañada por la desconfianza norteamericana.

En un memorandum fechado el 20 de marzo de 1947, Ellis Briggs, director de la Oficina de Asuntos de las Repúblicas Americanas observaba: “... Existe el peligro de que la Argentina aspire a organizar un bloque del Cono Sur, bajo la dominación política y económica argentina.” Señalaba además que los Estados Unidos debían oponerse a cualquier desarrollo “... que pudiese facilitar la formación de tal bloque”.

En efecto, Perón aspiraba a realizar un ABC (Argentina, Brasil, Chile) que apuntara a la integración económica regional. Los primeros intentos los realizó en mayo con E. G. Dutra —mandatario brasileño— en el puente que unía a Paso de los Libres con Uruguayana. Se consideraron proyectos pero el asunto no pasó de allí. En octubre mantuvo conversaciones con Enrique C. Hertzog, presidente de Bolivia, en el campamento petrolífero de Sanandita. En este caso sí hubo acuerdo comercial, pero más allá de ello, nada. En 1947, las condiciones políticas de cada país no estaban maduras para el desarrollo de la idea. Perón remaba contra la corriente y se avanzaba cuanto se podía.

El 1º de febrero de 1952, Argentina y Chile suscribieron un acuerdo de trueque por un año. En virtud del mismo, Chile enviaría 15.800 toneladas de cobre semielaborado a razón de mil dólares la tonelada. Argentina enviaría en compensación 48.000 cabezas de ganado en pie por la zona central y 45.000 por el norte. El saldo favorable a la Argentina fue compensado con salitre.

En enero de 1953, en vísperas de la renovación del convenio, la delegación chilena expuso su desacuerdo, basado en el reclamo de los terratenientes trasandinos, productores que veían en la importación desde la Argentina una competencia ruinosa. Todo ello indicaba la necesidad de acuerdos más amplios que integraran en una misma estructura estos intereses sectoriales.

A fines de enero Perón solicitó al Congreso la autorización constitucional de rigor para trasladarse a Chile. Significaba la puesta en marcha del proyecto, en un momento en que se avisoraba como más apropiado, teniendo en cuenta los triunfos populistas en Chile y Brasil. En efecto, Ibáñez del Campo había llegado al poder plebiscitado por el pueblo chileno. Las elecciones verificadas en setiembre de 1952 le habían dado el triunfo con un 47% de los votos frente a una coalición de partidos de extracción liberal y grupos de ultrazquierda liderados por Salvador Allende. Su ubicación tercerista, su concepción social y su ideario antiimperialista ubicaban a Ibáñez muy próximo al pensamiento justicialista. Sin embargo, aún cuando contaba con el apoyo de los sectores trabajadores, no contaba con una fuerza organizada que pudiera imponerse a los sectores oligárquicos.

Perón viajó a Chile entre el 20 y el 26 de febrero de 1953. Recorrió Santiago, Valparaíso, Concepción y otras ciudades, en medio de grandes concentraciones y discursos. También expuso su pensamiento ante la Universidad de Santiago de Chile. El resultado más trascendente de este primer contacto lo fue sin dudas, el solemne compromiso del Acta de Santiago que constituye la Unión Económica Argentino-Chilena, como “realización del ideal panamericano de cooperación entre las naciones del continente”.

Más allá de los discursos formales y las formulaciones doctrinarias, hubo declaraciones de Perón formuladas a José Dolores Vázquez, director del diario santiaguino *La Nación* que fueron meneadas hasta el cansancio para demostrar el apetito imperialista de la Argentina de Perón y sus complacientes socios ibañistas. Dijo Perón: “... iré a proclamar la necesidad de hacer indestructible la unión entre Chile y la Argentina (...) Chile y la Argentina pueden constituir el núcleo central (de la unidad americana). Luego vendrá la unión con los demás países, Brasil, por ejemplo. Seremos entonces lo que merezcamos, por nuestros pueblos y nuestras riquezas. Latinoamérica marcha hacia su ubicación estelar en el concierto del mundo (...) Chile tiene lo que nosotros necesitamos y nosotros lo que le falta a Chile, nos complementamos admirablemente. Solos nunca podremos hacer nada; juntos se remos fuertes”.

Vázquez le recordó las críticas que habían comenzado a aparecer en Chile, acusando a Perón de pretender la anexión del país trasandino. Perón se encogió de hombros y riendo contestó: “Estoy dispuesto a aceptar que Chile se anexe a la Argentina. Lo

principal es la unidad (...) Yo estoy dispuesto a discutir mis puntos de vista... que me digan qué razones hay para mantener desunidos a Chile y Argentina...”

Estos dichos, más acordes con el vuelo de una humorada del general que una afirmación política, no dejaban de ser un exceso verbal que agitó las susceptibilidades localistas de algunos chilenos y como anillo al dedo para rasgarse las vestiduras a otros que sí sabían cuánto afectaban a sus intereses los acuerdos del Acta. Perón debió precisar sus opiniones en declaraciones publicadas en Los Tiempos de Concepción: “Por mi parte, pienso que hablar sólo de unión económica es empequeñecer el panorama. Creo que debemos hablar más bien de la unión de nuestros pueblos. Siempre distingo entre unión y unidad. La unión se realiza entre unidades nacionales... (...) sin esta condición puede confundirse unión con anexión ¡y ésta es una palabra que no se puede pronunciar entre pueblos que tienen dignidad!”

El 2 de marzo, ya de regreso en Buenos Aires, Perón pronunció un discurso en el que pasaba revista a los antecedentes históricos de la unidad americana. Después de insistir en los riesgos de que los compromisos adquiridos por los pueblos pudieran ser interferidos por el funcionariado de las cancillerías, en evidente referencia a las suspicacias alimentadas desde Itamarati, señalaba: “... si uno observa la política internacional de los países, suelen encontrarse anacronismos extraordinarios. Uno de los países que quizá cuenta con mayor cantidad de hombres desafectos a su nación tal vez no sea culpable. En esto yo creo que esa nación de buena fe quiere ser amiga de todos los demás países, pero la forma de ejecución de su política, la forma en que se realiza, capciosa o insidiosamente por los funcionarios e intermediarios encargados de llevar a término la nueva política hace que en vez de cosechar amigos coseche enemigos”.

En la Argentina no ocurriría eso. Para ello propuso —en forma de Decálogo de la Hermandad Argentino-Chilena— un compromiso de honor nacional, de trabajar por “el noble pueblo y gobierno de Chile”.

Ibáñez retribuyó la visita de Perón en julio. En el marco de los festejos por la Declaración de la Independencia, se firmó el Tratado de Unión Económica Argentino-chileno.

El Acta y el Tratado (ver Apéndice) constituyen una base programática sobre las cuales se estructuraron los organismos pertinentes y las disposiciones concretas del intercambio. Así, el 27 de octubre se creaba el Consejo General de la Unión Económica Argentino Chilena. Se constituyó el 11 de noviembre y realizó su primera sesión en Santiago de Chile el 22 de diciembre, solemnemente inaugurado por Ibáñez.

El 19 de febrero de 1954, en virtud del Tratado se firmó en Santiago el Convenio de Intercambio Comercial y Financiero que regiría hasta el 31 de diciembre de 1958. En las listas, con un año de vigencia, se preveía un intercambio de 286 millones de pesos. De este total, 261 millones podían importarse mutuamente sin permisos previos de cambio. Por lo demás, el convenio fijaba las listas que reiteraban lo ya clásico: carnes y derivados, trigo y quebracho por metales ferrosos y no ferrosos, maderas y productos químicos.

#### 4. La Unión Económica

Inmediatamente después del Tratado con Chile, el 14 de agosto de 1953 se firmaba en Buenos Aires el Convenio de Unión Económica Paraguay-Argentina, por el cual Asunción adhería al Acta de Santiago. El Convenio reproducía el Tratado Argentino Chileno y fijaba para setiembre la firma del Protocolo Adicional que establecería los mecanismos de un crédito recíproco de cinco mil millones de dólares. El convenio incluía disposiciones financieras y comerciales.

El 3 de octubre Perón visitó Asunción, donde se entrevistó con el presidente, Federico Chaves. En su principal disertación, insistió en el tema de la hermandad sin supremacías “... América es una gran patria (...) somos una sola tierra de promisión, somos una sola tierra del futuro del mundo...” En otro discurso y en evidente alusión a las especies difundidas desde el Departamento de Estado, por boca de algunos cancilleres alineados: “... Algunas veces se nos ha acusado de que éramos perturbadores de la confraternidad panamericana. Nosotros hemos tenido nuestros problemas, hemos sostenido nuestras razones, pero nunca hemos dejado de ser americanos. Hemos fijado bien claramente que para los gobernantes argentinos, dentro del mundo, primero está el continente, y dentro del continente, para nosotros, los argentinos, primero está la Argentina...”

A su regreso a Buenos Aires, concibió la idea de reparar las heridas de la guerra de la Triple Alianza, devolviendo los trofeos y otras reliquias en poder de la Argentina. El 14 de agosto de 1954, Perón retornaba al Paraguay, ahora gobernado por Alfredo Stroessner, para “... hacer entrega de las reliquias que, esperamos, sellen para siempre una inquebrantable hermandad, entre nuestros pueblos y nuestros países”. Veinticinco años antes, el presidente Yrigoyen había querido hacer lo mismo, pero no lo había podido lograr por la polémica que los liberales entablaron. Cuenta Remorino que uno de los contertulios de Perón le habría preguntado “... si viviese Mitre ¿qué pensaría de todo esto?” a lo que Perón respondió: “si Mitre viviese, Mitre hubiese devuelto los trofeos; habría hecho lo mismo que nosotros estamos haciendo ahora...” (*op. cit.*)

Por el Protocolo del 23 de setiembre se iniciaba un acuerdo bilateral con una duración de tres años. Tenía las mismas características que los anteriores. Enviaríamos ganado en pie, frutas secas, conservas y los paraguayos maderas, yerba mate y chatarra.

El 22 de agosto de 1953 se concertó el Acuerdo Complementario con Ecuador, por un período de tres años. El 12 de diciembre, Ecuador adhería al Acta de Santiago y se ponían en marcha los organismos específicos. En la lista de los productos ecuatorianos se incluía petróleo.

El 17 de octubre de 1953, en oportunidad de su visita, el presidente de Nicaragua, Anastasio Somoza, suscribió la Declaración de Buenos Aires en la que se explicitaba un compromiso mutuo de aunar esfuerzos para alcanzar la complementación económica. El Convenio del 14 de diciembre no concretaba nada en lo inmediato y comprometía estudios y planificaciones para el futuro. Tampoco contenía una explícita adhesión de Nicaragua al Acta de Santiago, salvo una vaga referencia a principios acordados "... con otros países hermanos en cuanto dichos postulados concreten aspiraciones de los pueblos del Continente..."

El 9 de setiembre de 1954, Bolivia adhería a la Unión Económica. Además de las consabidas listas del acuerdo comercial, que por otra parte incluían petróleo, estaño, antimonio, azufre, se establecían acuerdos para la reducción de barreras aduaneras y la liquidación de las deudas bolivianas por la construcción del ferrocarril Yacuiba-Santa Cruz y la carretera Orán-Tarija.

Para la fecha en que se produjo, la incorporación de Bolivia indica que el proceso de la Unión Económica avanzaba, en vez de esfumarse.

## 5. Las dificultades según Perón (11 de noviembre de 1953)

El proceso de Unión Económica estaba en marcha. Sin embargo, la concreción de sus acuerdos y emprendimientos derivados, no sólo despertaron suspicacias, sino francas declaraciones de rechazo.

En una conferencia pronunciada por Perón en la Escuela Superior de Guerra el 11 de noviembre de 1953, después de analizar la concepción del Proyecto y sus estrategias que requerían un acuerdo entre Argentina, Brasil y Chile (ABC) como base, Perón se refirió a las dificultades de su implementación. Después de mencionar los acuerdos previos con Ibáñez y Vargas, Perón decía: "... Yo no me hacía ilusiones porque ellos hubieran prometido esto, para dar el hecho por cumplido, porque bien sabía que eran hombres que iban al gobierno y no iban a poder hacer lo que quisieran, sino lo que pudieran (...) ¿Cómo no se van a oponer los ganaderos chilenos a que nosotros exportemos sin medida ganado argentino! ¡Y cómo no se van a oponer a que solucionemos todos los problemas fronterizos para la internación de ganado, los acopiadores chilenos, cuando una vaca o un novillo, a un metro de la frontera chilena hacia el lado argentino, vale diez mil pesos chilenos, y a un metro hacia Chile de la frontera argentina vale veinte mil pesos chilenos! Ese que gana los diez mil pesos, no va a estar de acuerdo nunca con una unidad de este tipo".

Pero la Unión podrá venir de la conciliación de los intereses y también de los acuerdos de los presidentes pero fundamentalmente de la convicción íntima de los pueblos. Y ello llevaría tiempo.

Dijo en su conferencia más adelante: "... sé también que el Brasil, por ejemplo, tropieza con una gran dificultad: es Itamaratí, que constituye una institución supergubernamental. Itamaratí ha soñado desde la época de su emperador hasta nuestros días con una política que se ha prolongado a través de todos los hombres que han ocupado ese difícil cargo en el Brasil (...) Debe desmontarse todo el sistema de Itamaratí y deben desaparecer esas excrescencias imperiales que constituyen, más que ninguna otra razón, los principales obstáculos para que el Brasil entre a una —diremos— unión verdadera con la Argentina..."

Perón no conocía todavía los secretos proyectos del Departamento de Estado, que serán los verdaderos instigadores de las desconfianzas frente al imperialismo argentino.

El texto de la Conferencia, secreto y numerado, se filtró. Los exiliados en el Uruguay lo hicieron público con gran escándalo brasileño y oriental. Algún futuro mendicante de votos peronistas después de 1955, abreviaría en su texto para desarrollar la teoría del imperialismo nazi de Perón. El fñhrer rioplatense soñaba y elucubraba proyectos de *anschluss* sobre los países limítrofes, para la reconstrucción imperial del viejo virreinato.

## 6. La posición de Brasil, Perú y Uruguay

La iniciativa argentina no encontró eco favorable en Brasil hasta 1953; también en el Perú y, claro está, en el Uruguay. Era, por otra parte, significativo el grado de alineamiento de estos países con la política de los Estados Unidos. La suposición de que la propuesta argentina requería un pacto antinorteamericano los llevó a tomar distancias. También influyeron factores estrictamente locales.

En el caso de Brasil, hemos visto la frialdad con que la administración Dutra tomó las propuestas de 1947. Perón alentaba la esperanza de que el posible retomo de Vargas al poder allanaría el camino.

"A comienzos de 1950, el caudillo gaúcho, inició contactos con Perón por intermedio del joven diputado João Goulart. Esto dio lugar a un intercambio de correspondencia en la que ambos líderes afirmaban su decisión americanista de trabajar por la Unidad.

Vargas fue elegido por el 49% de los votos el 3 de octubre de 1950 y asumió la presidencia del Brasil el 27 de enero de 1951, al frente de una coalición bastante heterogénea. Con un frente interno bastante difícil, Vargas se lanzó al desarrollo de una política nacionalista que profundizará la expansión industrial y el bienestar social. Era el nacional desenvolvimentismo. El nacionalismo de Vargas será una propuesta pragmática y por lo tanto pendular y contradictoria, con acercamientos y enfrentamientos (aunque nunca directos) con los Estados Unidos. Era un nacionalismo *possivel*, es decir, todo aquello que aumentara el poder *da propria barganha* de los intereses nacionales en el desarrollo industrial autónomo del Brasil". (P. C. Dutra Fonseca, *Vargas, o capitalismo em construçao*, San Pablo, 1987)

Hasta junio de 1953 la política exterior del Gobierno de Vargas fue manejada por Jodo Neves da Fontoura. Neves provenía del Partido Social Democrático, sector conservador de la coalición que sostenía a Getulio. En todo momento se opuso a un entendimiento con la Argentina. En la Argentina, el embajador Luzardo, de la misma línea de Vargas abogaba por el acercamiento, pero sin llegar a rupturas con Estados Unidos.

En 1952, Neves impulsó y concretó la negociación del Acuerdo Militar Brasileño-norteamericano. Por estos acuerdos Estados Unidos mantenía su supremacía estratégica en el hemisferio y controlaba el mercado de armamentos del área. En efecto, durante la Segunda Guerra la asistencia militar norteamericana se había canalizado por el sistema de “Préstamo y Arriendo” (*Lend Lease Act*) el que se suprimió en agosto de 1945. Posteriormente y pese a las presiones del Pentágono, el Congreso norteamericano se opuso a legislar acerca de la “ayuda militar”. Pero ante el conflicto coreano, aprobó la Ley 165, llamada Ley Asistencia Militar. La sección 105 extendía a los países latinoamericanos la posibilidad de suministrar equipos y armamentos lo que se regularía a través de pactos bilaterales de “Asistencia para la Mutua Defensa” (PAM). En enero de 1952, Ecuador fue el primero en suscribirlo; en 1955 todos los países americanos lo habían hecho excepto Argentina y México. El acuerdo comprometía al equilibrio regional, por lo que nuestra Cancillería presionó para un acuerdo similar argentino-brasileño. Tanto Neves, como la cúpula militar brasileña condicionaron este acuerdo a la aprobación de las autoridades militares norteamericanas. Las negociaciones quedaron sin efecto (M. Hirst, “Vargas y Perón. Las relaciones argentino-brasileñas” en *Todo es Historia*, N° 224).

Mientras se daban estas negociaciones y probablemente para dificultarlas, Neves denunciaba a O Globo la comisión de “... repetidos incidentes ocurridos en la frontera argentina, violación de la misma y asesinatos (*sic*) de brasileños (...) Estos incidentes se están repitiendo con tanta frecuencia que resolví pedir a los ministerios de Guerra y Marina que dieran órdenes a las guarniciones militares y navales de Río Grande para que protejan nuestras fronteras con la Argentina...”

Hubo una respuesta inmediata de nuestra Cancillería. También pedido de informes del Senado y comparencia del Canciller. Por parte del Brasil se constituyó una Comisión Parlamentaria para investigar los hechos.

El 22 de setiembre de 1952, el diputado Menezes Pimentel, presidente de la comisión brasileña, declaraba a O Globo: “... Solamente el contrabando y el robo de ganado son los motivos que llevaron a registrar acontecimientos en la frontera de Brasil y Argentina. Puedo informar... que no hay ninguna provocación a nuestra soberanía... Era un simple incidente entre gendarmes y contrabandistas —concluía M. Pimentel— a despecho de los acontecimientos registrados, ninguno tuvo lugar en territorio brasileño”. (J. Remorino, *op. cit.*).

El Acta de Santiago y las visitas mutuas de Perón e Ibáñez reactualizaron la posición antiargentina de Itamarati. Pero tales hechos no sólo preocuparon a los brasileños. En efecto, el Perú —bajo el gobierno de Odría— tenía cuestiones pendientes con Ecuador y Bolivia y buscó el apoyo brasileño para no quedar aislado. La iniciativa contó con el rápido apoyo de Neves, que comenzó a pergeñar un acuerdo que el presidente peruano concluiría en una visita a Vargas en Río. El acuerdo preveía además, intensificar las relaciones comerciales bilaterales, formar compañías mixtas peruano-brasileñas para explotar el petróleo de la zona amazónica del Perú, así como crear puertos libres en el Amazonas y en el Pacífico. (M. Hirst, *op. cit.*).

En setiembre de 1953, Odría viajó a Río de Janeiro, cuando Neves de Fontoura ya había sido desplazado de Itamarati. El proyecto perdió fuerza. De todos modos, como lo señaló el embajador argentino J. Cooke en carta a Remorino, las connotaciones antiargentinas del encuentro Odría-Vargas eran casi anecdóticas (*Ibidem*, p. 26).

En junio de 1953 el cambio de gabinete de Vargas iniciaba un proceso de acercamiento a la Argentina. Pero a principios de 1954 se conoció el texto —que ya hemos visto— de la conferencia de Perón. Esto provocó agitación en la prensa y en el parlamento brasileño. Se hablaba de traición y el tema fue tomado por la creciente oposición hacia Vargas.

El 4 de abril, J. Neves, que se había pasado a la oposición total, confirmó la autenticidad de la conexión de Goulart, en nombre de Vargas con Perón. Conexión que, por otra parte, ya había denunciado Lacerda meses antes desde la prensa. Según Neves, todo el asunto probaba la intención de firmar un convenio antinorteamericano, con el establecimiento de dictaduras sindicalistas (*sic*) en la Argentina, Chile y Brasil. Era un toque emocional y a su vez efectiva advertencia a la burguesía industrial que apoyaba a Vargas. Como dice Dutra Fonseca (*op. cit.*) se preparaba el ambiente para el impeachment contra Vargas. No llegó a concretarse. El caudillo se suicidó el 24 de agosto de 1954.

El Uruguay también se opuso a la integración de la Unión Económica. Y era de esperarse. Desde el fiasco de la Doctrina Rodríguez Larreta de 1945, hecha a la medida del bradenismo las relaciones con la Argentina justicialista habían sido muy frías. El distanciamiento se profundizó con posterioridad a la intentona militar del 28 de setiembre de 1951 al apoyar abiertamente a los exiliados, el Uruguay se transformó en la base de todas las conspiraciones contra Perón. Su prensa escrita y radial cobijó toda la propaganda antiperonista que no tenía cabida en Buenos Aires.

El 30 de junio de 1952, representado por su Canciller Fructuoso Pittaluga, el Uruguay firmó con los Estados Unidos el Convenio de Asistencia Militar N° 3.487. Al ratificar dicho acuerdo en el senado oriental en julio de 1953, el entonces senador Rodríguez Larreta sostuvo que “... por la fuerza de las circunstancias cualquier agresión que surgiera contra el Uruguay agrediría al sistema interamericano en sí mismo y provocaría la reacción necesaria...” (A. J. L. Carella, “Aspectos básicos de la política exterior del Uruguay”, En Puig y varios *De la Dependencia a la liberación. Política exterior de América Latina*, 1973). Como anota el autor, en ese año a nadie se le podía ocurrir que la agresión provendría de la Unión Soviética o sus satélites... Pero no fue lo único, la Cancillería uruguaya aceptó —convenio de por medio— que Montevideo fuese base para los vuelos británicos a Malvinas, además de nombrar un cónsul uruguayo ante las autoridades de ocupación británicas.

## 7. La política norteamericana

Pese a las dificultades apuntadas, la política económica internacional desarrollada por nuestro país desde 1952 fue corporizando una realidad que demostraba la viabilidad del modelo autónomo y la capacidad de resistir los manejos y presiones de las potencias rectoras, bajo la cobertura hipócrita de su retórica defensa del multilateralismo, libertad de comercio, etc.

Nuestro país no había ingresado a las organizaciones económicas internacionales, ni suscripto los documentos que significaban renunciar al manejo soberano de su política exterior.

En 1951, al formularse los objetivos y política del Departamento de Estado para con nuestro país, se consignaba: "... Nosotros hemos intentado hacer comprender a la Argentina que las políticas de extremo nacionalismo no le convienen. Es importante disuadir a la Argentina de su falso sentimiento de autosuficiencia, ya que de hecho es bastante dependiente del mundo libre, especialmente de los Estados Unidos y para disminuir su exagerado sentido de que es indispensable, nos hemos abstenido de hacerle requerimientos con respecto a su cooperación en organizaciones internacionales..." (F. Luna, *Perón y su tiempo*). Más adelante reconocía: "... la Argentina es política, económica y militarmente una de las más poderosas de las repúblicas americanas. Por estar situada estratégicamente en las rutas navieras del Atlántico Sur y del Estrecho de Magallanes, sería en tiempos de guerra proveedora de materias primas para los Estados Unidos y sus aliados. Por eso nuestra política es la de fomentar las relaciones entre las fuerzas armadas y su colaboración económica". (*Ibidem*)

En marzo de 1952, según otro memorandum del Departamento de Estado se puntualizaba: "... A medida que la Argentina logre agrandar su posición mundial y prestigio, establecerse como líder de un bloque neutral (no limitado a América Latina) sostenedores de una Tercera Posición entre el comunismo y el imperialismo capitalista y (convertirse) en líder de América Latina con apoyo suficiente para oponer se a la influencia norteamericana, probablemente utilizará todos los medios a su disposición (...) las aspiraciones argentinas constituyen una amenaza positiva y continuada contra los objetivos y políticas de los Estados Unidos. Por ello parece necesario tomar medidas para neutralizar las actividades argentinas en tanto y en cuanto se oponen a las nuestras". (C. Escudé, *La Argentina vs. las grandes potencias. El precio del desafío*).

De acuerdo con estas directivas, en reunión secreta del 23 de junio de 1953, el secretario asistente Miller, el embajador Nufer y especialistas del Departamento, aprobaron los lineamientos básicos para el desarrollo de una política que neutralizara a la Argentina, convenciendo a los países latinoamericanos del peligro que corrían. Esta política debía cumplirse en forma discreta, no pública (*sic*). (*Ibidem*).

Por lo visto, esta política no pública no tuvo éxitos espectaculares, a no ser por las angustias de Odría en Perú, las intrigas de Neves en Brasil y la decidida convicción de los uruguayos.

De todos modos, la Argentina crecía en su proyecto autónomo. En 1954, menos de un tercio de nuestro comercio exterior se realizaba con los Estados Unidos y Gran Bretaña. Para diciembre de 1954 los saldos del sistema bilateral arrojaban un resultado negativo por 83,7 millones de pesos sobre un total de intercambio que sobrepasaba los 9.000 millones y ello porque aún faltaban cumplimentar envíos a Alemania e Italia, donde los saldos eran mayores. Esto avala la afirmación del International Trade 1954, publicación de Contracting parties to the GATT. "La Argentina posee posiblemente el más completo sistema de acuerdos bilaterales con el resto del mundo. Tales acuerdos cubren las dos terceras partes de sus exportaciones e importaciones totales..." (Puigróss, *op. cit.*).

Evidentemente la Argentina de 1953-1954 no estaba aislada como en 1945. Si bien es cierto queregonara a los cuatro vientos los éxitos de su Tercera Posición, no significaba que la misma cerrara ideológicamente sus posibilidades de crecimiento económico, ni mucho menos que la inhibiera para aceptar inversiones extranjeras siempre que las mismas se sujetaran a la soberanía nacional y no a la ley de los organismos internacionales (F.M.I., GATF, etc.)

Mucho se ha escrito acerca de la decisiva visita de Milton Eisenhower en julio de 1953, en el sentido de que a partir de la misma Perón archivara su tercera posición, y buscara ansiosamente su alineación con los Estados Unidos. El objetivo de esta visita era mucho más limitado. Según Eisenhower "... nosotros queríamos analizar tanto los métodos como la eficacia de esta campaña antinorteamericana (la desarrollada desde la tercera fuerza) y parecía deseable tratar de obtener información en la fuente del problema..." También preocupaban al Departamento de Estado las restricciones que Perón había impuesto a las agencias noticiosas americanas, como así también a la circulación de publicaciones de ese origen. Otro tema era el proselitismo de los agregados obreros en las embajadas argentinas en toda latinoamérica.

Después de consignar su sorpresa por el recibimiento de Perón, dice Milton Eisenhower "...el embajador Nufer me decía al oído mientras nos dirigíamos desde el aeropuerto a la oficina de Perón a una conversación inicial: "Perón ha decidido que su tercera fuerza es un fracaso. Ha estado buscando un pretexto para cambiar su política y está aprovechando para eso su visita..." (Esto recuerda otras cortinas de humo, como "no nos interesan los ferrocarriles porque son hierro viejo, o el tumor en el cerebro de Perón.) Dice más adelante Eisenhower "... El domingo, una hora antes de salir para el aeropuerto, le hice una visita formal a Perón para despedirme. No había tiempo que perder: "No entiendo como ha podido Ud. ordenar restricciones contra los representantes de la prensa norteamericana —dije bruscamente— espero que reconsiderará su decisión".

Perón es un hombre expansivo y emotivo, siempre a punto de echar una gran carcajada. Quedó sorprendido, pero sonriente. "Sus periodistas me han estado insultando con propaganda maliciosa —replicó— y tengo razones para creer que esos ataques son instigados por el gobierno de los Estados Unidos..."

Eisenhower ensayó una explicación refiriéndose a la “libertad de prensa” y a que la prensa norteamericana era “independiente del gobierno”. Perón terminó por acceder al levantamiento de las restricciones, que Milton comunicó a la prensa sin que ésta demostrara mucho entusiasmo por el logro de la misión. Concluye diciendo: “...eso fue todo en mi visita breve en un fin de semana a la Argentina (...) Cualquier afirmación en el sentido de que discutí y ofrecí préstamos a Perón o de que la Administración le había concedido créditos no puede ser sino un simple invento con propósitos políticos, una falsedad que contribuyó a malos entendimientos y confusiones tanto en los Estados Unidos como en todos los países de América Latina”. (Milton S., Eisenhower, *Vino amargo. Estados Unidos y América Latina*).

De todos modos las gestiones de Nufer continuaron afianzando el entendimiento y buscando la apertura a las inversiones norteamericanas. Las mismas se verán facilitadas por la Ley 14.222, al amparo de la cual se desarrollarán radicaciones importantes como las industrias automotrices (Kaiser).

## 8. El caso guatemalteco: el macartismo interamericano

A principios de 1954 las relaciones de Guatemala con los Estados Unidos alcanzaron un punto crítico que se superaría a partir de una descarada intervención a la vieja usanza del Big Styk, que escandalizaría al sistema Interamericano.

El conflicto reconoce sus orígenes en las reformas económicas y sociales iniciadas después de 1945 por Juan José Arévalo, que había llegado a la presidencia de Guatemala por elecciones libres. Las reformas de Arévalo habían afectado intereses de empresas norteamericanas, pero el asunto se agravó cuando su sucesor, Jacobo Arbenz Guzman, intentó impulsar una reforma agraria que incluía la expropiación de 160.000 hectáreas improductivas de la reserva de la United Fruit Co. No cabían dudas acerca de qué intereses defenderían los dirigentes del Departamento de Estado, como hemos visto, comprometidos empresarialmente con la Compañía en cuestión.

Washington acusó al gobierno guatemalteco de comunista y se dispuso a movilizar el sistema interamericano porque consideraban amenazada la seguridad hemisférica.

En tal situación se reunió la X Conferencia Interamericana entre el 1º y el 28 de marzo de 1954 en Caracas, “bastión del anticomunismo en América”, como la consideraba Dulles.

Estados Unidos trató de obtener de la conferencia una clara condenación del “comunismo internacional”. En ello Dulles empeñó la mayor fuerza y presión, a punto tal de dejar con un tratamiento insuficiente el ya clamoroso reclamo de los latinoamericanos respecto de la cuestión económica.

Según Robert J. Alexandre (cit. por Connel Smith, *op. cit.*) “... Dulles escandalizó a muchos observadores veteranos de los fenómenos latinoamericanos. No sólo aplicó Dulles todo el peso del gobierno de los Estados Unidos para inducir a la conferencia a adoptar una posición inaceptable para la mayoría de las naciones latinoamericanas, sino que lo hizo de tal modo que más parecía que buscaba perder amigos y la buena voluntad de los pueblos de la parte meridional del hemisferio”.

Los primeros tramos de la conferencia fueron una esgrima de creciente violencia entre Dulles y Toriello, canciller guatemalteco, que se opuso tenazmente a la propuesta norteamericana. “De aceptarse esa ponencia se haría del panamericanismo un instrumento al servicio exclusivo de los monopolistas y un arma de coacción para evitar ahogar todo intento de liberación política y económica por parte de los pueblos oprimidos de América latina”. (Toriello, *La batalla de Guatemala*).

Remorino intervino atacando al colonialismo y recalcando la verdadera raíz del problema comunista. Dirá “... bajos precios, ausencia de correlación entre los precios de los productos primarios y de los artículos manufacturados, controles monopolistas, aislacionismo, barreras aduaneras, artificiosas disposiciones sanitarias, dumping usado como válvula de escape a producciones dirigidas y subvencionadas forman los hilos de una red compacta que nos oprime y paraliza”.

“No se busquen otras causas para explicar el atraso y pobreza de nuestros pueblos, no se busquen otros motivos para explicarse como los pueblos presos de la miseria, pueden poner sus esperanzas en ideologías contrarias a su formación, que está basada en los irrenunciabiles principios de la libertad”. (*Ibidem*).

Después de su discurso, de elocuente direccionalidad, Remorino abandonó inexplicablemente la delegación, en un momento en que la importancia del asunto exigía el máximo de representatividad.

Hubo resistencias al proyecto norteamericano en todo aquello que relativizara y restara fuerzas al principio de la no intervención. Nadie se engañaba, por otra parte, respecto de lo que significaba el anticomunismo de Dulles.

La delegación argentina sostuvo que no correspondía a la conferencia tomar medidas coercitivas, ni condenar estados, pues la conferencia no podía erigirse en Tribunal.

Por último, con el voto de 17 países, la obvia oposición de Guatemala y la abstención de México y Argentina, se aprobó el 13 de marzo de 1954 la llamada Declaración de Solidaridad para la preservación de la Integridad Política de los Estados Americanos contra la intervención del Comunismo Internacional. En caso de configurarse tal intervención, las medidas a adoptarse debían surgir del Organo de Consulta (Conferencia de Cancilleres). La Declaración Final, reiteraba, no obstante: “... el reconocimiento del Derecho inalienable de cada Estado Americano de escoger libremente sus propias instituciones... como medio de mantener su soberanía política, alcanzar su independencia económica y vivir su propia vida social y cultural...”

En mayo, la crisis se agravó ante la recepción por parte de Guatemala de un cargamento de armas checoslovacas, y el 18 de junio, Castillo Armas, al frente de un ejército mercenario organizado y pertrechado por la C.I.A., invadía Guatemala desde Honduras.

Guatemala recurrió sin éxito al Consejo de Seguridad de la O.N.U. y ante la Comisión Interamericana de Paz, donde tampoco logró nada por la presión norteamericana. Los Estados Unidos pidieron la reunión del Organo de Consulta del TIAR, para el 7 de julio, lo que por otro lado daba tiempo a Castillo Armas. El 28 de junio, una junta reemplazaba a Arbenz, en un supuesto acuerdo con Castillo Armas. El embajador norteamericano, por lo tanto, pidió el aplazamiento sine die de la Reunión de Consulta.

El embajador argentino, Hipólito J. Paz, se opuso, por cuanto la reunión de consulta no sólo debía tratar la penetración comunista sino también la sospechosa acción militar que había derrocado al gobierno constitucional de Guatemala.

La votación en el Consejo de la O.E.A. fue favorable al aplazamiento. La C.I.A. y la United Fruit Co. quedaban a cubierto de todo riesgo. Pero el comportamiento de la cancillería argentina expresaba que nuestro país había advertido la maniobra. En Buenos Aires, casi todo el periodismo —con el silencio de los de siempre— denunció la intervención a Guatemala y especialmente la publicación De Frente dirigida por el John W. Cooke.

EL BIBLIOTE.COM